

sus fronteras fueron ensanchadas y debidamente aseguradas. En el año 947, Oton se dirigió contra el rey danés Haroldo Diente azul, y aun cuando las leyendas dicen que llegó hasta el estrecho de Otten y que en señal de su soberanía sobre el mar del Norte arrojó su lanza á las aguas de aquel mar, lo que hay de cierto es que con el restablecimiento de la marca del Schleswig quedó nuevamente fortificada la frontera septentrional. La sublevación del duque de Bohemia Boleslao fué sofocada en su origen: en el año 950, Oton le obligó, después de una brillante campaña, á prestarle tributo, quedando mas robustecida la influencia de Alemania sobre Bohemia cuando el sucesor de Boleslao, su hijo Boleslao II, abrazó el cristianismo y cuando con la fundación de un obispado en Praga, dependiente del arzobispado de Maguncia, se estableció un estrecho lazo religioso con Alemania. En los territorios del Elba y del Saale continuó la lucha contra los eslavos, lucha encarnizada, casi permanente, en la cual las armas alemanas mas de una vez sucumbieron ante la perfidia de los wendos; pero á pesar de todo, fué extendiéndose paulatinamente hácia el Este la dominación del cristianismo y de la civilización cristiana. En las marcas sajonas, donde gobernaban Hermann Billing y el temido Gero, la unión interior y la cooperación de la monarquía y de la Iglesia, que se completaban una á otra, ejercieron una acción provechosa en el desenvolvimiento de una organización eclesiástica y al propio tiempo militar. Los nuevos obispados sajones formaban una serie regular de villas eclesiásticas esparcidas por el país. Estaban erigidos en las comarcas eslavas, en Brandeburgo, en Havelber, Meissen, Merseburgo y Zeitz, y la espléndida dotación y la predilección con que era mirada la fundación de Magdeburgo daba á comprender los planes que acerca de ella tenia el rey y hacia sospechar que en el Norte y en el Este, reconquistó Alemania su influencia sobre el Oeste. Luis IV de la Franconia occidental, amenazado por el despotismo de Hugo de Francia, invocó el auxilio del monarca alemán. En el año 946, Oton llegó triunfante hasta Ruan, al frente de sus sajones, y como árbitro á quien estaban sometidas las dos partes beligerantes, estudió, en 947, en su palacio de Ingelheim, la cuestión que entre Luis y su vasallo existía y pronunció sentencia favorable al rey franco, á quien, en 950, auxilió con su ejército Conrado de Lorena. Entonces comenzaron á prepararse los sucesos que debían poner á la Borgoña bajo la protección del rey y la corona de Italia sobre la cabeza de Oton.

Mientras comenzaba para Alemania una nueva era, en la cual las fuerzas unidas de la nación, enérgicamente dirigidas, perseguían fines generales; mientras las fronteras, y con ellas los territorios de la civilización germano-cristiana, se ensanchaban; mientras la situación económica de Alemania ofrecía un aspecto mas favorable y la vida intelectual de la nación florecía rápidamente bajo la protección de una dinastía ilustre y accesible á todos los intereses ideales, la Italia, víctima de la fatalidad, estaba destrozada por los horrores de luchas aristocráticas intestinas y empobrecida y asolada por las correrías de los piratas sarracenos. La misma cultura intelectual que, por una tradición nunca interrumpida, se habia salvado hasta entonces y no habia cesado de producir nuevos frutos, algunos de ellos de gran valía, apenas podia soportar el peso de la miseria material ni resistir á la inmoralidad, que incesantemente iba en aumento. Mientras las ricas comarcas meridionales de aquella hermosa península se veían asoladas por árabes y griegos, y á excepcion de algunas ciudades fortificadas, iban cada día en creciente decadencia, Roma y su territorio eran teatro de la mas espantosa desmoralización; el Estado y la Iglesia eran juguete de la infame

ambición de aventureros laicos y eclesiásticos sin conciencia, y el pontificado, que en otro tiempo y bajo el punto de vista político, moral y religioso, habia salvado á Italia del caos de la irrupción de los pueblos y se habia atrevido á ocupar el puesto del imperio, haciéndose cargo de la dirección de la cristiandad de Occidente, parecia próximo á un fin terrible entre ignominia, deshonra y efusión de sangre.

El papa Formoso habia fallecido poco tiempo después de haber coronado á Arnulfo, el último alemán que ciñó la corona imperial; y su muerte, acaecida en mayo del año 896, preparó un fin repentino á la influencia alemana. El partido de los condes de Spoleto y de los duques de Tuscia se hizo dueño del poder y disponía de la Sede pontificia, en la cual las vacantes ocurrían con frecuencia. Esteban VI, instrumento suyo, hizo desenterrar el cadáver medio descompuesto de Formoso y convocó un sínodo en el cual fué este destituido como usurpador del pontificado y condenado á muerte, después de lo cual el populacho arrastró sus restos por las calles dirigiéndole los mas groseros insultos y los arrojó al Tíber. Todas las consagraciones hechas por Formoso fueron consideradas nulas y por lo tanto la coronación de Arnulfo. La prematura muerte del joven emperador Lamberto aumentó el desorden, pues el joven príncipe de Borgoña, Luis III, hijo del rey Boson, á quien en 901 dió Benedicto IV la corona imperial, no pudo resistir los ataques de Berenguer de Ivrea, el cual habia conseguido, con muchos trabajos y grandes luchas, crearse una soberanía insegura en la Alta Italia. A los desórdenes políticos y dinásticos se unieron los religiosos de la peor especie. El papa Leon V fué derribado y encarcelado por un usurpador, y este, llamado Cristóbal, sufrió al poco tiempo igual suerte, siendo destronado por Sergio III, el cual elegido en otro tiempo papa no habia podido sostenerse en el sáculo. A la sazón (909), por medio de la astucia y la violencia, entró en posesión de la dignidad pontificia y declaró de nuevo nulas las consagraciones hechas por Formoso que, anuladas como hemos visto, habian sido después reconocidas como válidas. Esta medida produjo como consecuencia disturbios y escándalos en el seno de la Iglesia como no se vieron jamás hasta los tiempos de la guerra de las investiduras y del gran cisma. Pero todavía les estaba reservada peor suerte á la Iglesia y al pontificado, pues los destinos de una y otro estuvieron durante muchos años en las asquerosas manos de mujeres impúdicas. Con Sergio III se enseñorearon del poder su querida Marozia y la madre de esta, Teodora, las cuales, halagadas y aduladas por laicos y sacerdotes, no solo dispensaban favores y gracias, y concedían territorios y riquezas, sino que conferían honores y dignidades eclesiásticas, mientras su sensualidad se aplacaba con galantes aventuras. El sucesor de Sergio III, Juan X, debió toda su carrera eclesiástica á los placeres que con sus atractivos y su belleza varonil habia proporcionado á Teodora. Juan X habia nacido mas para militar que para sacerdote; y mientras bajo su pontificado la Iglesia caía en una desmoralización cada vez mas profunda, Juan se captaba el agradecimiento de los romanos siguiendo el ejemplo de Leon IV, es decir, aliándose con los príncipes de la Baja Italia y obligando, en 916, después de un afortunado combate, á los árabes, que habian ya llegado hasta el Garellaño, á emprender la retirada. Pero la ciudad y la Iglesia se vieron arruinadas por otras devastaciones. El infatigable Berenguer, después de haberse apoderado de la Alta Italia, quiso además de la corona real ceñir la de emperador, y la obtuvo en efecto de Juan X en 915, sin conseguir á pesar de esto el apoyo que habia esperado encontrar contra los enemigos interiores y exteriores. La lucha con su rival Rodolfo II de la Alta Borgoña retenía á Berenguer en el Norte y cuando fué asesinado,

el papa se vió sujeto enteramente al poder de Marozia y de sus favoritos. Marozia confirió al marqués Guido de Tuscia la soberanía de la ciudad y de todo su territorio, y Juan X pagó con la cárcel, donde murió en 928, la tentativa que hizo para oponerse al gobierno de terror inaugurado por Guido. Desde entonces fué Marozia señora de Roma y dispuso á su antojo de la silla de San Pedro, que cedió por último al hijo que habia tenido de Sergio III y que llevó el nombre de Juan XI. Marozia ejerció de hecho el gobierno sobre la ciudad y su territorio con el pomposo título de senadora y patricia, y se dispuso á rebajar el imperio hasta convertirlo en una dignidad dependiente de su humor y de su capricho. A todas estas abominaciones puso término su propio hijo, el enérgico Alberico II, habido de su primer esposo el marqués Alberico de Tuscia y de Spoleto, compañero de armas de Juan X en las luchas contra los sarracenos. Cuando Marozia, después de la muerte de Guido de Tuscia, su segundo marido, contrajo en 932 terceras nupcias con el ambicioso Hugo de Borgoña, que, en sus luchas contra Berenguer, habia conquistado la corona de Italia y que era un hombre brutal y salvaje cargado con el peso de todos los crímenes de aquella época desmoralizada, su nueva esposa le hizo conferir, por su hijo Juan XI, la corona imperial. Entonces rebelóse Alberico II, hombre dotado de fuerza hercúlea, desconsiderado y tirano pero decidido y capaz de restablecer el orden en medio de aquel caos en que se hallaba sumida Roma. Alberico desterró á su padrastro, puso en lugar seguro á su madre y retuvo á su hermanastro, el papa, como prisionero de Estado. Con la dominación femenil que durante tanto tiempo habia pesado sobre la degradada ciudad eterna y que habia cubierto de vergüenza y de ignominia el recuerdo de un pontificado en otro tiempo tan floreciente, vino también abajo la soberanía que sobre Roma ejercían los pontífices. Alberico II gobernó con severidad rayana en terror, parecida al sistema de gobernar de los tiranos de la antigüedad y de los príncipes *condottieri* del siglo xv, pero logró restablecer el orden en el interior y la seguridad en el exterior, conquistándose con ello el agradecimiento de los romanos.

Se ha creído que todas estas cosas en nada concernían á Alemania y que toda intervención hubiera sido innecesaria y funesta; se han querido atribuir también todas las devastaciones que el pueblo alemán sufrió en los siguientes siglos á la alianza con Italia, que fundada por Oton I fué heredada con la corona italiana y la imperial por sus sucesores. Esta opinión revela, sin embargo, un desconocimiento completo de los sucesos de aquel tiempo y de los motivos que no solo recomendaban á Oton á que se aliara con Italia sino que imponían esta alianza como un deber político. Dada la manera como en otro tiempo se habia formado la constitución de la Iglesia, lo que en Roma sucedía influía también en la Iglesia del imperio. El servilismo y embrutecimiento en que cayó el pontificado alcanzaron al episcopado alemán y amenazaron la situación en que le habia colocado Oton al hacerle el principal apoyo de la monarquía. Mas de cerca tocaban á Alemania los asuntos de la Lombardía, cuyo arreglo definitivo era imposible, á no contar con seguro apoyo en Roma. Este miembro de unión fué el que decidió la tendencia definitiva de la política de Oton. En el año 937 habia fallecido Rodolfo de Borgoña, que en sus luchas contra Hugo de la Alta Borgoña habia conservado la posesión de la corona de Italia. Inmediatamente renunció Hugo á los ataques que, sin probabilidades de éxito, habia dirigido en Roma contra su hijastro Alberico II, reconquistando el puesto que en el Norte habia quedado vacante, á cuyo fin se casó con la viuda de Rodolfo y casó á su hija Adelaida

con Lotario, hijo de este. Además persiguió con gran encarnizamiento á Conrado, hijo de Rodolfo y heredero de la corona de Italia, y á todos sus antiguos adversarios, especialmente al marqués Berenguer de Ivrea, nieto del emperador del mismo nombre. Estas luchas de partidos, por efecto de las relaciones de vecindad que existían entre Suabia y Baviera y la Alta Italia, influyeron en Alemania: allí era Ludolfo y aquí el duque Enrique quien pensaba aprovecharse de ellas. De esta suerte nació entre tío y sobrino una rivalidad que debia ser en extremo funesta para el imperio. Berenguer de Ivrea, huyendo de las persecuciones de Hugo, buscó refugio cerca de Ludolfo, deteniéndose tambien largo tiempo en la corte de Oton; y cuando tres años después se dirigió hácia el Sur, para recobrar la corona de Italia, llevó consigo tropas reclutadas en Alemania, y especialmente en Suabia. Esto demuestra palpablemente que Oton estaba decidido á intervenir en los asuntos de Italia. La monarquía de Hugo de Borgoña sucumbió á los ataques de Berenguer, que estaba protegido por Alemania. Cuando Hugo abandonó la Italia renunciando la corona en su hijo, los magnates lombardos, que procuraban naturalmente sacar provecho de los continuos cambios que ocurrían en el trono, abandonaron á Berenguer y se unieron á Lotario, de suerte que este logró que su gobierno fuera reconocido por lo menos en una parte de la Alta Italia. Sin embargo, no siendo suficientes sus fuerzas para sostener una larga guerra civil, buscó auxilio extranjero, pensando en acudir á Constantinopla, ya que Alemania protegía á Berenguer. Afortunadamente para Italia el joven rey falleció en Pavia, en noviembre del año 950, antes de que pudiera realizarse este plan. Su joven viuda Adelaida, que contaba apenas veinte años y que era una mujer hermosa y dotada de grandes cualidades morales, apta para gobernar por sí misma en circunstancias menos embrolladas y en tiempos mas tranquilos, vióse aislada y abandonada al odio mortal de Berenguer y de su esposa Willa, sobrina de Hugo de Borgoña, tanto mas cuanto que Adelaida, hija y viuda de rey italiano, podia con razon formular sus pretensiones hereditarias sobre aquel país. Pronto se vió en poder de sus enemigos y parecia que su vida debia terminar tristemente entre las paredes de una cárcel. Los lazos de parentesco y algunas consideraciones personales hicieron que Alemania se interesara por la suerte de aquella hermosa mujer. Por parte de su madre Berta, era Adelaida hermana de Ida, esposa del duque Ludolfo é hija de Hermann, duque de Suabia; y su hermano Conrado, que ceñía la corona de Borgoña, habia sido criado en la corte de Oton y estaba por ella tan protegido, que algunos creían que su Estado era un feudo de Alemania. El nombre de Adelaida era tambien considerado en el Norte de los Alpes, y algunos alemanes que habian hecho la peregrinación á los sepulcros de los Apóstoles, conservaban grato recuerdo de la cordial acogida que les habia dispensado la joven reina. Esperando, pues, Adelaida su salvación de Alemania, naturalmente imploró el auxilio de Oton, que no podia ya tener interés alguno en que se robusteciera la soberanía de Berenguer. Ludolfo de Suabia y Enrique de Baviera permanecían menos ajenos que Oton á los desórdenes de Italia. El antagonismo que entre ambos existía era consecuencia de su rivalidad respecto de la Lombardía. Cuando, en 949, Enrique se apoderó del territorio de Aquileya y puso su planta en Italia, Ludolfo se encolerizó con razon y creyó que debia apresurarse á prevenir á su tío. Estas diferencias entre los duques bávaro y suabo respecto de los asuntos de Italia, fueron precisamente las que indujeron á Oton á intervenir en la cuestión italiana, pues fuese cualquiera que fuese el que hubiera de vencer y obtener la corona de Italia, el nuevo orden de cosas del imperio

no consentía la existencia de un duque-rey. Oton, recordando las tradiciones de los tiempos carolingios, resolvió intervenir enérgicamente en la lucha que sostenían el hijo y el hermano, tanto mas cuanto que la Alta Italia era el camino de Roma, y la monarquía italiana podía considerarse, según inveterada costumbre, como antesala del imperio romano. La muerte había arrebatado á Oton la compañera amada de su juventud: la rubia anglo-sajona Edita, madre de Ludolfo y de Liutgarda, descansaba en la catedral de San Mauricio de Magdeburgo. Entonces concibió Oton el proyecto de adquirir, casándose con Adelaida, los derechos de esta sobre Italia é intervenir á nombre de la monarquía alemana en la contienda entre Ludolfo y Enrique.

Parecía que Ludolfo había querido anticiparse á su padre cuando, sin esperar órdenes de este y con fuerzas insuficien-



Sello del margrave Gero
(de la carta de donacion á favor de Gernrode, del año 964)

tes, llegó, en la primavera del año 951, hasta la llanura del Po. El cambio general que había esperado no se realizó; Berenguer supo resistir. Ludolfo, cercado por todas partes, vióse obligado á emprender una retirada vergonzosa y atribuyó el fracaso á las intrigas que á sus espaldas había tramado Enrique de Baviera con su enemigo. Profundamente indignado contra su tío, salió Ludolfo á recibir á su padre, que avanzaba con un formidable ejército, procedente de Brenner. Las severas pero merecidas censuras que Oton le dirigió enfurecieron al ambicioso joven, cuyo descontento subió de punto al ver que el duque Enrique de Baviera gozaba de la confianza del rey y ejercía extraordinaria influencia. Oton no encontró seria resistencia: la mayor parte de los magnates se sometieron á la fuerza imponente con que, en setiembre del año 951, se presentó en Lombardia; las ciudades abrieron espontáneamente sus puertas y Berenguer, abandonado de la mayoría de sus partidarios, se retiró á las plazas fuertes que se alzaban en las montañas de su marquesado. El día 23 de setiembre, Oton, acogido triunfalmente por los magnates laicos y eclesiásticos, hizo su entrada en la capital Pavía. Muy pronto se captó la general simpatía con la clemencia y bondad de que dió pruebas, dando al olvido las parcialidades del tiempo pasado y acogiendo benignamente á cuantos se le sometieron. La corona de Italia estaba de hecho en sus manos. Entretanto, Adelaida había conseguido escaparse de la cárcel en que Berenguer la tenía encerrada, y se había dirigido á Reggio, donde la recogió el obispo Adalardo. Allí le llegó la petición, hacia tiempo meditada, que hacia Oton de la mano de la reina de Italia. Adelaida, acompañada del duque Enrique y

de un brillante séquito se dirigió á Pavía, donde se celebró el matrimonio. Oton, sin embargo, no quiso deber á su bella é inteligente esposa mas que el robustecimiento de su nueva situación, pues ya antes se había proclamado rey de Italia en virtud del derecho de conquista, siendo un dato característico de la importancia que á esta corona daba el hecho de no haberse querido hacer elegir ni coronar. Desde aquel momento, trabajó para conseguir la corona imperial. Federico de Maguncia y el obispo Hartberto de Chur fueron por encargo suyo á Roma para tratar con el papa Agapito II de la ceremonia de la coronacion de emperador. No pudieron, sin embargo, llegar á entenderse, lo cual no fué debido probablemente, como despues se supuso, á que el arzobispo de Maguncia hiciera fracasar intencionadamente el plan del monarca. Mientras Alberico II gobernara despóticamente en Roma, como senador y patricio, y mientras de él dependieran por completo los papas, no había que pensar en que ninguno de estos confiriera la corona imperial á un príncipe extranjero. El rápido cambio de fortuna que en Italia se había realizado aconsejaba obrar con prudencia suma, pues Berenguer no era todavía completamente inofensivo.

Pero el peligro que podía hacer sucumbir á Oton venia de otra parte. En su propia familia y en el círculo de los consejeros mas íntimos levantaba la cabeza una nueva traicion. Muy irritado regresó Ludolfo del campamento de su padre á Suabia, seguido de Federico de Maguncia, y los desastrosos efectos de su ira se manifestaron muy pronto en la agitacion creciente que se notó en el Sur y en el Oeste del imperio. Por eso se apresuró Oton, en 952, á dirigirse al Norte, despues de haber confiado á su yerno Conrado de Lorena la terminacion de la lucha contra Berenguer; pero tambien por este lado se manifestó la traicion, pues Conrado concertó por sí y ante sí un tratado con Berenguer, en virtud del cual se aseguraba á este la posesion de la corona de Italia como feudo aleman. Cuando ambos se presentaron en Magdeburgo delante del sorprendido monarca, este, en vista del peligro que constituía la sublevacion de Ludolfo, no tuvo mas recurso que aprobar los hechos consumados. Berenguer fué reconocido como rey de Italia feudatario y Oton cedió á Enrique de Baviera los importantes territorios fronterizos del Friul, Istria, Aquileya, Trento y Verona, de cuya posesion dependia la conservacion de la soberanía alemana. Esto no hizo mas que aumentar el disgusto de los descontentos, pues el odio de Ludolfo y la irritacion de Conrado se dirigian precisamente contra la influencia del duque de Baviera, á quien tanto se había favorecido. Motivos personales y no de alta política, como algunos han creído, fueron causa de que Ludolfo y Conrado se lanzaran por el camino de la rebelion. La política italiana de Oton no podía indignar á Ludolfo, que había esperado conquistar la corona de Italia, hasta el punto de hacerle creer justo el hecho de levantarse en armas contra él como defensor de los intereses alemanes. Mas natural es que le moviese el odio que profesaba al duque bávaro, obstáculo que constantemente se le oponia: Ludolfo preveía que el casamiento de su padre con Adelaida, que dió á luz un niño que falleció al poco tiempo y que adquiría cada dia mayor influencia en el ánimo de su esposo, ponía en peligro la sucesion para la cual había sido designado solemnemente cinco años antes. Tambien Conrado de Lorena obraba á impulsos del odio que hacía Enrique de Baviera sentia. Mas oscuro se presenta el asunto respecto de Federico de Maguncia; pero tambien debieron de impulsarle motivos personales, pues por aquel tiempo (953) Bruno fué nombrado arzobispo de Colonia y archicanciller, con lo que vino á ser precisamente el principal auxiliar del hermano.

Las dos partes permanecian en expectativa, la una frente á la otra: Oton, en presencia de la crisis que le amenazaba, parecia dudar de sus fuerzas y había adoptado una actitud indulgente y casi pusilánime. En la primavera del año 953 se presentó delante de Maguncia, donde entró despues de haber esperado con paciencia largo tiempo, siendo acogido amistosamente por Federico y cayendo en el lazo que este le tendia. En efecto, en Maguncia se encontraban Ludolfo y Conrado, los cuales, despues de protestar de su fidelidad al rey, confesaron francamente la apasionada enemistad que hacía el duque de Baviera sentian y dijeron que de la entrega de este dependia su actitud pacífica. Oton, según tenemos entendido, hubo de someterse á tales exigencias. No se sabe

fijamente cuáles fueron estas, pero es de creer que se referian á una disminucion de los territorios de Baviera, á la cesion de nuevas provincias italianas, á la separacion de Enrique del consejo del rey y probablemente tambien á la admision de Ludolfo como rey-colega. De todas maneras, Oton no cumplió las promesas que en Maguncia le habían sido arrancadas, pues se dirigió inmediatamente á Colonia y á Dortmund y poniéndose al frente de un ejército sajón, á toda prisa reunido, se aprestó para la lucha decisiva y declaró nulas las concesiones que había hecho en Maguncia. A esto respondieron los descontentos sublevándose. Así, despues de diez años de tranquilidad, se vió el imperio envuelto en una nueva guerra civil, mas terrible y peligrosa que las anterio-



Fragmento del sepulcro de la emperatriz Edita, en la catedral de Magdeburgo

res. Parecía como si el imperio, presa de eterna discordia, quisiera hundirse en el abismo con las fratricidas luchas del Norte contra el Sur, y como si realmente hubiera de acabar para siempre la soberanía de los sajones. Tan crítica era la situación de Oton, que á pesar de haber despreciado á los rebeldes en Fritzlar, volvió á entrar en negociaciones con ellos; pero estos se negaron á hacer concesion alguna y á entregar á sus cómplices, como se les exigía. Para que los apuros de Oton subieran de punto, levantóse en armas contra él en Sajonia Ekberto, sobrino de Hermann Billing é hijo del difunto Wichmann, que había tenido que huir de su país á consecuencia de una rebelion. El levantamiento se propagó, como en las jornadas de Breisach y de Andernach, entre los obispos que, en medio de aquella crisis sintieron el peso de la carga que sobre la Iglesia y sobre sus bienes gravitaba. Oton tuvo la suerte de que sus enemigos dividieran sus fuerzas, pues en Lorena se levantó contra el duque Conrado el conde Reginaro de Hennegan, hermano de Giselberto, y Ludolfo se vió atacado por Burkhardo, hijo del antiguo duque de Suabia del mismo nombre. Por otro lado,

el duque Enrique de Baviera se vió imposibilitado de prestar su valiosa ayuda á su hermano, por haberse contra él sublevado el conde palatino Arnulfo, el cual pensaba obtener alguna ventaja de las complicaciones en que estaban enredados su padre y su hermano. Hallábase, pues, la Alemania envuelta en guerras civiles, sin haberse llegado todavía á un resultado definitivo, —únicamente en Lorena el enérgico y sabio Bruno de Colonia había sostenido con fortuna la causa del rey, — cuando en el año 954 los húngaros hicieron una nueva invasion especialmente funesta para la Lorena. Los enemigos del rey se habían desmoralizado tanto con la lucha que no se avergonzaron de hacer causa comun con los bárbaros. Este exceso de animadversion redundó en su propio perjuicio, pues muchos de sus partidarios les abandonaron indignados y se apresuraron á ponerse á disposicion de la amenazada patria. Esta evolucion fué altamente beneficiosa para Oton. Conrado de Lorena, desconsolado por la muerte de su esposa Liutgarda, se sometió; Ludolfo y el conde palatino Arnulfo se refugiaron en Ratisbona; y despues de haber perecido Arnulfo en la lucha que desde allí